

Álvaro Salas Chacón

Espiritualidad, violencia y androcentrismo. Retos prácticos de los feminismos para el siglo XXI en América Latina

Abstract. *This article discusses three challenges of Latin American feminisms for the 21st century. These challenges are the need for spirituality, the fight against gender violence, and the androcentric Catholic view of women. Spirituality will help feminists overcome negative attitudes such as resentment, feelings of victimization, self-righteousness, separatism, and dogmatism. Gender violence must not be minimized by a moralistic discourse aimed at teaching women to keep their place. It is important to question the Marianista female ideal and the Catholic view of women based on biological essentialism, the feminization of altruism and gender complementarity because it minimizes gender violence and precludes any debate on women's reproductive rights.*

Key words: feminism, spirituality, gender violence, Catholic views on women.

Resumen. *Este ensayo explora tres retos de los feminismos en América Latina para el siglo XXI. Esto retos son la necesidad de espiritualidad, la lucha contra la violencia de género y la visión androcéntrica de la mujer en el catolicismo. La espiritualidad le ayudará al feminismo a superar actitudes negativas como el resentimiento, los sentimientos de victimización, las pretensiones de superioridad moral, el separatismo y el dogmatismo. La violencia de género no se debe minimizar mediante un discurso moralista dirigido a enseñarles a las mujeres a ocupar su lugar. Es importante*

cuestionar el ideal femenino marianista y la visión católica de la mujer basada en un esencialismo biológico, la feminización del altruismo y la complementariedad de género, porque minimiza la violencia de género y proscribire todo debate sobre los derechos reproductivos de las mujeres.

Palabras clave: feminismo, espiritualidad, violencia de género, visión católica de la mujer.

En su libro *La masacre de los soñadores*, la escritora feminista chicana Ana Castillo explica que el marxismo entre las activistas chicanas de los setentas fracasó porque esta doctrina no tomaba en cuenta las preocupaciones espirituales de estas mujeres. Estas activistas habían crecido y vivían en una sociedad en la que el catolicismo romano permeaba todos los aspectos de su vida y la de sus familias, pero el marxismo ignoró este hecho. Las preocupaciones de carácter espiritual deben ser tomadas en cuenta en la práctica de los feminismos. Por lo tanto, este es el primer tema que discutiré. En este ensayo, desarrollaré solamente tres de los muchos retos de los feminismos en América Latina: primero, como ya lo dije, la importancia de la espiritualidad para las luchas feministas, segundo la lucha contra la violencia de género, y tercero el androcentrismo de la visión católica de la mujer. Para desarrollar mi primer punto parto del supuesto que los feminismos, al igual que los marxismos en el siglo XX, actúan por una reacción del ser humano ante la injusticia, en este caso, la reacción de las mujeres

ante injusticias vividas en carne propia y que producen heridas, resentimientos y enojo. Estas personas heridas y victimizadas creen encontrar en el feminismo los medios para enfrentar injusticias tales como la violencia contra las mujeres, la discriminación de las minorías sexuales, y el autoritarismo y abuso de poder de los hombres tanto dentro del núcleo familiar como en la sociedad.

En primer lugar me referiré a la necesidad de operar sobre una base de valores espirituales para conseguir el éxito de las reformas feministas en América Latina. El lunes 27 de setiembre del 2004, el Dalai Lama visitó la Universidad de Costa Rica. Este popular líder habla con su sola presencia a favor de los intereses del pueblo Tibetano en el exilio. ¿Qué es lo que fortalece su lucha? Su pueblo violentamente invadido por el ejército Chino perdió su soberanía y el derecho de practicar su religión milenaria. Muchos monjes budistas murieron, sus monasterios fueron destruidos y el Dalai Lama tuvo que salir al exilio. Él, sin embargo, no opuso resistencia violenta al ejército Chino, pero tampoco cooperó con ellos. A pesar de una violenta persecución, el Dalai Lama no predica el odio, sino la paz, la solidaridad y la comprensión. Si el Dalai Lama predicara la violencia, el odio o el rencor, su figura y su mensaje perderían atracción. Otros ejemplos podemos apreciarlos en el siglo XX, donde grupos o naciones injustamente oprimidas en la India, Estados Unidos y Sudáfrica consiguieron la reivindicación de sus derechos con una lucha basada en la no-violencia y los valores espirituales; las luchas de Gandhi, Martín Luther King, y Nelson Mandela han sido más efectivas que la predica del odio y el resentimiento para conseguir cambios concretos, y la lucha del Dalai Lama aunque no logra su objetivo por el momento, genera mucho apoyo y simpatía en el mundo. Así, considero entonces que los feminismos del siglo XXI pueden aprender de estos líderes el valor de la espiritualidad y de la no-violencia para conseguir cambios concretos.

Los valores espirituales son aquellos que nos ponen en una relación de armonía y aceptación con lo que se percibe como positivo y en una posición de resistencia no violenta contra lo negativo, ya sean personas, seres animados,

cosas, ideas o experiencias. Entre estos valores espirituales encontramos la tolerancia, la paz, la humildad, la capacidad de escucha, el diálogo, la buena voluntad, la comprensión, la colaboración, la resistencia pacífica y la búsqueda de la justicia. La violencia, por el contrario, incluye la agresión física y psicológica y las actitudes que la anteceden como la intolerancia, el juzgar a los demás, el odio y el resentimiento. Tales actitudes fueron comunes en las luchas de clases marxistas del siglo XX, y también han aparecido en las luchas de algunos feminismos contra la injusticia. Me referiré a cuatro actitudes negativas que disminuyen la efectividad del movimiento feminista como una vez disminuyeron la del marxismo: estas actitudes son el resentimiento, el sentimiento de victimización de sus miembros aunado a la satanización del grupo opresor, el separatismo y el dogmatismo. Analicemos estas actitudes en detalle y veamos cómo los valores espirituales nos ayudan a superarlas.

Los feminismos que actúan movidos por el resentimiento, el odio, o el revanchismo hacia los hombres son ineficaces para generar el apoyo que necesitan las reformas feministas en regímenes democráticos. Por esto, cuando se escucha hablar del feminismo, la mayoría de los hombres y no pocas mujeres reaccionan negativamente. Muchas personas perciben al feminismo como una amenaza a la armonía social, como una forma de neonazismo o marxismo que plantea una agenda intransigente, separatista, beligerante y antirreligiosa basada en resentimientos. Esta percepción crea un ambiente negativo para las reformas feministas. Además, el mensaje de ciertos feminismos radicales se parece al mensaje de grupos afroamericanos de los sesenta tales como las Panteras Negras y la Nación del Islam. De la misma forma que un líder como Malcolm X generó rechazo entre la mayoría blanca en los Estados Unidos, líderes feministas tales como Susan B. Anthony, Elizabeth Cady Stanton, Kate Millett, Bella Azbug o, en Costa Rica, la diputada Gloria Valerín, han generado rechazo en lugar de apoyo por sus estrategias de confrontación hacia el patriarcado. Esta clase de liderazgo beligerante produce una actitud defensiva en lugar de cooperación y apertura entre los que no se consideran feministas. Y es que guste o no, el feminismo

necesita de la cooperación de los hombres, la otra mitad de la humanidad, para lograr sus reformas sociales.

Otros feminismos que alienan la buena voluntad de la mayoría son los que enfatizan la victimación de la mujer y exageran la naturaleza sadista y misógina de los hombres. Una persona al sentirse víctima de otros, el proletario a manos del capitalista o la mujer a manos de los hombres, desarrolla resentimientos y enojo. Si la persona se siente impotente ante la agresión, surgen también sentimientos de victimización, autocompasión y de autojustificación. De este modo, las personas oprimidas pueden llegar a pensar que son de alguna manera mejores que sus opresores. De acuerdo a esta forma de pensar, si tan sólo los oprimidos pudieran tener el poder todo cambiaría. Esta actitud estuvo presente en el marxismo, en el liderazgo del movimiento negro de los años sesenta y en no pocos feminismos. Esta especie de superioridad moral da al grupo oprimido el derecho a juzgar y a condenar al opresor sin tratar de entenderlo o ponerse en su lugar. Por el contrario, líderes como Martin Luther King o Mandela rehusaron adoptar una posición de víctimas y de superioridad moral para más bien hacer énfasis sobre la igualdad entre negros y blancos. La historia enseña que cuando un grupo detenta el poder tarde o temprano oprime a otros. Los hombres negros que luchaban contra la opresión del hombre blanco oprimían a la vez a las mujeres negras. Las mujeres que se consideran víctimas de los hombres pueden ser a la vez opresoras de sus niños o de otras mujeres de grupos étnicos o clases sociales menos poderosas. Los oprimidos no son blancas palomas a pesar de las injusticias que sufren. Al luchar contra las injusticias, es necesario hacerlo con ecuanimidad sabiendo que es un hilo muy delgado el que separa al oprimido del opresor y que no se puede ser juez de nadie. El sentimiento de victimización, ira e indignación ante los hombres es común entre teóricas feministas radicales como Mary Daly y Andrea Dorkin que satanizan a los hombres presentándolos como sádicos torturadores y violadores de las mujeres. Dadas las estadísticas de violencia de género, esta forma de pensar es comprensible. Sin embargo creo que el problema de la violencia es un problema de poder. La persona que tiene el poder puede

usar la violencia para mantener el control sobre aquellas personas que considera como inferiores y que a la vez se perciban a sí mismas como tales. La otra cara de esta satanización de los hombres es la elevación de la mujer a un plano moral superior, lo que muchas veces aliena a otras mujeres que no comparten esta idea de su supuesta superioridad moral. Los valores espirituales pueden ayudar a las personas agredidas a encontrar medios positivos para sanar sus heridas y reclamar pacíficamente sus derechos.

La tercera actitud negativa, el separatismo, es más difícil de analizar. Ciertos feminismos han dividido y enfrentado a las mismas mujeres entre sí debilitando al propio movimiento. Pero, ¿qué es lo que causa este separatismo? Volviendo a nuestra analogía con el marxismo, el marxismo también causó mucha separación. Podemos preguntarnos, ¿es la separación mala o es un efecto inevitable de los movimientos de reforma? El cristianismo, la reforma de Lutero, la lucha de Gandhi han causado separación no sólo entre familias, sino entre naciones. Por el contrario movimientos de reforma racial como los de Mandela y Luther King han buscado la convivencia de los grupos en conflicto. El marxismo provocó separación al promover la lucha de clases. Los otros movimientos mencionados han causado separación debido a ideas religiosas incluyendo la partición de la India, entre musulmanes e hindúes. El feminismo puede causar dos tipos de separación: una separación entre hombres y mujeres, muy similar a la causada por el marxismo con su teoría de la lucha de clases, y una separación debido a ideas religiosas. La separación por motivos religiosos que puede causar el feminismo es un poco distinta a la causada por el marxismo. Las mujeres católicas o cristianas que serían la mayoría en Latinoamérica rechazan ciertos feminismos cuando estos cuestionan los dogmas y las enseñanzas religiosas de sus iglesias. Asuntos como el cuestionamiento del liderazgo religioso masculino, el aborto, la aceptación de los derechos de las personas homosexuales, la inclusión de las mujeres en el liderazgo religioso, y la igual autoridad con el hombre en el matrimonio son ideas feministas que dividen a las mujeres. La pregunta es, ¿existe alguna forma de evitar esta división o es por el contrario inevitable y por qué no, hasta deseable?

El feminismo llevado al plano de las ideas religiosas es esencialmente separatista y confrontacional. Las religiones más populares en el mundo actual, así como las iglesias cristianas con más adeptos han sido creadas por hombres sobre una visión androcéntrica del mundo. Ante este hecho, las mujeres pueden adoptar tres posiciones: aceptar tal visión androcéntrica, rechazarla, o buscar reformarla. Las mujeres que aceptan la visión patriarcal de su religión se convierten a menudo en incondicionales defensoras de la ortodoxia. Las que rechazan toda idea religiosa patriarcal pueden optar por el ateísmo o el agnosticismo o por crear a su vez una versión matriarcal de la religión basada en tradiciones de la hechicería y de la mitología. Para las mujeres que escogen la tercera opción, el reformar las ideas de sus iglesias, la confrontación con los líderes religiosos y con las mujeres que los apoyan es inevitable. Estas feministas deben enfrentar la visión androcéntrica de Dios, de la mujer, de la moral, de los libros sagrados, y de la estructura de poder y organización de sus religiones. Interpelar al liderazgo masculino de sus religiones y sus motivaciones androcéntricas inevitablemente crea confrontación. El problema es más grave para las feministas de Latinoamérica y del medio oriente en donde la influencia de la religión en el poder político es uno de los principales obstáculos para el cambio de dinámicas injustas de género. Una feminista que actúe según su conciencia debe a menudo actuar en contra de una organización en la que creció y a la que muchas veces todavía pertenece. Estas situaciones de gran conflicto sólo pueden llevarse de manera no-violenta por medio de sólidos valores espirituales. Estos valores han permitido a los seguidores de Gandhi, Luther King, Mandela y el Dalai Lama soportar la represión física y psicológica sin caer en la violencia, el odio o el resentimiento.

Finalmente, la espiritualidad es también necesaria para estar abiertos a la posibilidad del error en los postulados teóricos o estrategias políticas y evitar así el dogmatismo. Pretender ser poseedores de la verdad absoluta es peligroso para cualquier ideología, y además la "verdad" como tal no existe, hay muchas "verdades." El marxismo y otros sistemas absolutistas no dejaban espacio para la crítica externa y para la

autocrítica. Sólo un valor como la humildad abre el camino para identificar y rectificar errores teóricos y estratégicos. Los diversos feminismos se basan en distintas posiciones teóricas a veces muy diversas y susceptibles, como toda teoría, a tener planteamientos falaces. El feminismo debería ser una actitud de búsqueda más que una certeza teórica. Este reconocimiento de las propias limitaciones teóricas lleva a la apertura al diálogo y a evitar el dogmatismo y el proselitismo intransigente. Sólo por medio de un liderazgo basado en valores espirituales es posible tener la humildad de aceptar los errores y la entrega para corregirlos.

El segundo reto de los feminismos en el siglo XXI es la lucha contra la violencia de género. Las estadísticas sobre violencia de género en los países del tercer mundo hablan por sí solas: cerca de 400 mujeres asesinadas en Ciudad Juárez en un período de once años, 383 mujeres asesinadas por las maras en Guatemala en 2003 y una proyección de 700 víctimas para el 2004. La violación, mutilación y asesinato de las mujeres convertidas en objetivo militar en Colombia, y los homicidios de mujeres a manos de su pareja en Costa Rica son tan sólo algunos de los casos. Sin caer en la satanización de los hombres al mejor estilo de Daly o Dworkin, es evidente que la vida y los derechos de las mujeres en nuestros países están muy amenazados. Muchas organizaciones feministas se ocupan de la prevención de la violencia doméstica. Pero además de este importante trabajo de prevención ¿puede el feminismo teórico hacer algo por detener esta violencia? Entre las muchas cosas que hay que hacer está el desmantelamiento de la dinámica de género producida por el machismo y el marianismo en América Latina. La mujer marianista es muy vulnerable a la violencia por las características de su personalidad. Este tipo de mujer desarrolla su personalidad de acuerdo a una visión tradicional y androcéntrica de la Virgen María. La marianista de América Latina es una mujer sufrida, mártir, sumisa, obediente, asexual, maternal, sin educación y sin una adecuada inserción laboral y política. En el número 16 de la "Carta sobre la colaboración del hombre y la mujer" publicada por el Vaticano el presente año, se señala el peligro que presenta para la iglesia católica el imitar

esta imagen pasiva y vulnerable de la Virgen María: “Mirar a María e imitarla no significa, sin embargo, empujar a la Iglesia hacia una actitud pasiva inspirada en una concepción superada de la femineidad. Tampoco significa condenarla a una vulnerabilidad peligrosa, en un mundo en el que lo que cuenta es sobre todo el dominio y el poder.” En este texto se previene a la iglesia del peligro de adoptar actitudes vulnerables basadas en una visión tradicional de la mujer; sin embargo, no se dice nada del peligro de fomentar las mismas actitudes a través del ideal marianista, por ejemplo, en la mujer latinoamericana que muchas veces debe convivir con un hombre violento y machista.

El tercer reto de los feminismos en el siglo XXI es el androcenismo de la visión católica de la mujer. El feminismo conservador católico presenta aspectos positivos tales como el cultivo de valores espirituales. Las seguidoras de este feminismo presentan por lo general una actitud de apertura y acogida hacia los hombres, no predicán el odio, ni el resentimiento sino al contrario la cooperación. Sin embargo, este feminismo es un feminismo androcéntrico ya que se basa en las ideas sobre la mujer y el eterno femenino de teólogos como Henri de Lubac, Hans Urs Von Balthazar, y sobre todo Juan Pablo II. Este feminismo pone como ideal de mujer a la imagen androcéntrica de la Virgen María. Debido a su visión masculinista de la realidad, este feminismo minimiza el problema de la violencia contra la mujer y se enfoca en la prescripción de roles genéricos. Por ejemplo, las obras de la teóloga alemana Jutta Burgraff o la reciente “Carta sobre la colaboración del hombre y la mujer en la iglesia y el mundo” del Vaticano no prestan la debida atención al problema de la violencia de género. Lo que es más, lo minimizan.

Esta visión androcéntrica de la mujer está construida sobre tres supuestos teóricos: el esencialismo biológico, la feminización del altruismo, y la complementariedad de los sexos. Los dos primeros conceptos se funden en lo que Juan Pablo II llama como “el genio de la mujer.” Existe según se dice un genio de la mujer que le ha sido dado en razón de su capacidad biológica para engendrar, sea que tenga hijos o no. La mujer entonces está más cerca de la vida y mejor equipada que

el hombre para el cuidado de la misma, mientras que el hombre se acerca al misterio de la vida por medio de la mujer. Juan Pablo II ha presentado a la filósofa judía conversa al catolicismo, Edith Stein, a la Madre Teresa de Calcuta y a la visión androcéntrica de la Virgen María como ejemplos de esta mayor sensibilidad de la mujer ante los problemas de otros y de su mayor capacidad para dar amor y cuidar de otras personas. Ya que en el catolicismo romano las injusticias entre los sexos son atribuidas a la naturaleza caída de los seres humanos tanto hombres como mujeres (el pecado original), esta visión del mundo no parece dar cabida a la existencia de una correlación entre la violencia y género. Los hombres y las mujeres son igualmente pecadores y parecería que no hay nada a nivel teológico o bíblico que indicase que los hombres sean más propensos a cometer actos de violencia contra la mujer que viceversa, aunque muchos pasajes del Antiguo Testamento y las estadísticas actuales así lo demuestran. Es muy interesante que este “genio de la mujer” esté orientado principalmente hacia los niños y hacia los esposos y no así hacia los sufrimientos y necesidades de mujeres agredidas y de minorías sexuales condenadas por el catolicismo. Entre los objetos de comprensión y de aceptación del “genio de la mujer” no se encuentran las personas homosexuales, a no ser cuando estén muriendo de Sida.

La complementariedad de los sexos es el tercer presupuesto teórico de la visión androcéntrica de la mujer. El hecho de que existan diferencias entre mujeres y hombres no implica la construcción de estas diferencias como exclusivamente biológicas y complementarias. Los roles de género son generalmente complementarios debido a la división social del trabajo pero no por una esencia biológica. Las diferencias biológicas y psicológicas existen, pero no están divididas uniformemente por género. Si existe complementariedad entre un conjunto de características biológicas y psicológicas disponibles para los seres humanos, no es una complementariedad por género sino más bien entre características de personalidad que pertenecen tanto a hombres como mujeres. Las divisiones de roles genéricos de nuestra sociedad crean tal complementariedad y ésta puede darse incluso entre dos hombres o entre dos mujeres entre sí.

Algunas conquistas del feminismo a nivel mundial aún no están plenamente consolidadas en América Latina debido a la influencia de esta ideología androcéntrica católica. Las mujeres en Latinoamérica aún no han podido ganar el poder legal para discutir, decidir y legislar sobre el cuerpo femenino y sus funciones reproductivas sin la interferencia del catolicismo. El 100 por ciento de las personas que abortan y tienen hijos son mujeres, mientras que el 99 por ciento de los obispos que se oponen al aborto son hombres, decía de manera sarcástica la teóloga norteamericana Mary Daly. Las doctrinas religiosas sobre el aborto y la salud reproductiva de las mujeres han sido elaboradas desde una perspectiva masculina. Los teólogos católicos ven este asunto desde un punto de vista abstracto, moralista y filosófico sobre el cual se sienten autorizados a opinar y juzgar en virtud de sus estudios y las prerrogativas de sus cargos. Muchas mujeres, en cambio, lo ven como un asunto personal, relacionado con su propio cuerpo, un asunto que les atañe a ellas y otras mujeres de manera inmediata y no de manera abstracta y filosófica. Es interesante como aún mujeres comprometidas con organismos religiosos difieren de las doctrinas de sus iglesias sobre este asunto cuando están en contacto con la situación concreta de mujeres cuyas vidas muchas veces dependen de un aborto, de una esterilización o del uso de anticonceptivos. El feminismo enfrenta un doble reto para lograr cambios legales sobre derechos reproductivos: primero, crear conciencia entre los hombres en el poder del androcentrismo de la visión católica y de la necesidad de cuestionar estas “verdades” filosóficas y religiosas; y segundo, la necesidad de ver este problema desde la posición de las mujeres. Es irracional que un hombre quiera decirle a una mujer como manejar su salud reproductiva. El reto del feminismo no es tanto la aprobación del aborto o del uso de otros medios anticonceptivos, como el crear conciencia de que las legislaciones de los países deben de brindar un espacio para la libre discusión de este asunto sin ninguna presión externa y sin la creación de leyes que proscriban de plano tal discusión como se ha hecho en Costa Rica al suscribir convenios internacionales sobre la protección de “la vida antes del nacimiento” o con reformas a la constitución como se ha hecho en Irlanda.

Los feminismos del siglo XXI en América Latina enfrentan los retos de integrar valores espirituales a su lucha, encontrar una forma efectiva de enfrentar la violencia de género y superar la visión androcéntrica de la mujer. El feminismo del siglo XXI debe encontrar un liderazgo espiritualmente positivo que atraiga, una, y dé fortaleza espiritual a sus seguidores para enfrentar conflictos de manera no violenta. A veces lo más fácil es adoptar actitudes que repelen, dividen, y ofrecen un fácil escape en el separatismo de géneros. Para cambiar la imagen negativa de algunos feminismos por una imagen positiva, sólida y atractiva, es necesario el surgimiento de un liderazgo sin rencores ni violencia, un liderazgo semejante al del Dalai Lama, Martín Luther King, Ghandi o Mandela. Una característica de estos liderazgos es el de estar basados en sólidos principios espirituales o morales que hunden sus raíces en el grupo étnico del líder. Se necesita un liderazgo feminista con hondas raíces culturales y espirituales. Tal tipo de liderazgo ha estado ausente del movimiento feminista en los últimos cuarenta años. Los valores espirituales pueden contrarrestar el resentimiento, el odio, la autovictimización, la condenación, el separatismo y el dogmatismo, con el trabajo en conjunto, la autovaloración, la resistencia pacífica, la capacidad de escucha, el diálogo, la humildad, y la apertura a la crítica. La violencia de género es muy compleja, pero una de las primeras cosas por hacer es eliminar todo condicionamiento de género que ponga a las mujeres en situaciones de vulnerabilidad como la que se genera al presentar el modelo androcéntrico de la Virgen María como ejemplo de vida para la mujer en América Latina. Finalmente, es necesario cuestionar la visión androcéntrica de la mujer del catolicismo romano basada en el esencialismo biológico, la feminización del altruismo y la complementariedad de géneros. Esta visión masculinista de la realidad atribuye a la mujer la cualidad esencial de cuidar de otros, minimiza el problema de la violencia de género y proscriba la libre discusión sobre los derechos reproductivos de las mujeres.

Es necesario señalar todas aquellas instancias que intentan minimizar o ignorar la influencia del género en la violencia. Es muy preocupante que el catolicismo romano y el feminismo conservador católico minimicen la violencia de género

tan rampante tanto en los textos del Antiguo Testamento como en la realidad de América Latina. Los teólogos católicos siguen moralizando y teorizando sobre el bien y el mal desde un punto de vista masculino y abstracto alejado del sufrimiento y de la vida real de miles de mujeres.

Bibliografía

- Al Día*. "Mujeres: 'objetivo militar'. Violadas y mutiladas en Colombia." Jueves 14 de octubre 2004.
- Al Día*. "Las Mujeres pierden batalla en Guatemala. 350 crímenes al año." Sábado 2 de octubre 2004.
- Burggraf, Jutta. *Hacia un nuevo feminismo para el Siglo XXI*. San José, Costa Rica: Promesa, 2001.
- _____. *¿Qué quiere decir género? En torno a un nuevo modo de hablar*. San José, Costa Rica: Promesa, 2001.
- Castillo, Ana. *Massacre of the Dreamers. Essays on Xicanisma*. New York: Penguin, 1994.
- Congregación para la doctrina de la fe. *Carta sobre la colaboración del hombre y la mujer en la iglesia y el mundo*. San José, Costa Rica: Promesa, 2004.
- Pescatello, Ann, ed. *Female and Male in Latin America. Essays*. Univ. of Pittsburgh Press, 1973.
- Stevens, Evelyn P. "Marianismo: The Other Face of Machismo in Latin America." En Pescatello, Ann, ed. *Female and Male in Latin America. Essays*. Univ. of Pittsburgh Press, 1973, pp. 89-101.
- WMST-L File Collection. "Marianismo: Origin and Meaning." Enero, 2000. 4 Julio, 2002. <<http://research.umbc.edu/korenman/wmst/marianismo.html>>.